

LA PROFESION

por el Dr. Julio C. Ortiz de Zárate



Es tema de conversación vulgar el de la existencia de un "modo de ser" propio de ciertas profesiones y oficios. Ello vale para médicos, abogados, filósofos, artistas, sacerdotes, por un lado, y hasta colectiveros, carniceros, etc., por otro.

En caso de existir ese modo de ser especial, propio de la mayoría de los que desempeñan una disciplina, ello podría ser consecuencia del ejercicio continuado de un estilo de trabajo, del trato asiduo con cierto tipo de personas, de cierto modo de afrontar ese trato o de su metodología, de los paradigmas que gobiernan el razonamiento operativo de esa disciplina, de las manualidades que requiere, etc. y que acaban por asemejar a los que allí se desempeñan, a fuerza de regimentar su conducta.

Pero también podría tratarse de una estructura psíquica propicia a ese

tipo de actividades, que sería el fundamento de la vocación. Los que se sienten llamados hacia una disciplina en especial tendrían un determinado modo de ser y por eso serían parecidos por anticipado.

Los tests vocacionales pretenden reconocer esas características y aplicar ese conocimiento en la ayuda del joven en trance de elegir profesión. Pero a pesar de la popularidad de tales tests y de la seriedad con que son elaborados y practicados, sus fundamentos no pasan de ser un postulado pues no existen, a la fecha, estudios que verifiquen fehacientemente su validez.

Ahora bien, debe reconocerse que sería muy difícil una verificación de esa clase. Ella requeriría encuestas ulteriores sobre lo acertado o errado de la profesión elegida. Estas encuestas requerirían, a su vez, una definición

de lo que es acierto en la elección. Pueden imaginarse los numerosos y contrapuestos significados del "éxito".

Manejándose necesariamente con lo que, aunque hipotético, sea razonable, y evaluando la experiencia propia y la ajena conocida, es inevitable llegar a la conclusión de que ninguno sabía lo que hacía cuando, a los dieciséis o diecisiete años, eligió profesión. Todo profesional con unos cuantos años de ejercicio tiene segura evidencia de que ese ejercicio auténtico de la profesión le era totalmente desconocido cuando decidió ingresar a la Universidad.

En otras palabras, seguramente los jóvenes eligen —y han elegido siempre— en base a ideas equivocadas.

Es curioso que tal ignorancia, o error para elegir, no se acompañe de una tasa importante de fracasos, de



cambios de profesión o de especialidad después de la graduación. Podrían imaginarse para ello dos tipos de explicaciones: a) una gran capacidad para soportar lo incompatible, —ejemplos de ello no faltarían, pero como explicación de un hecho general resultan poco convicentes—, b) una gran capacidad de adaptación. Esta última tiene, a su vez, dos posibilidades: a) que el espíritu humano tenga esa gran capacidad habitualmente; b) que la profesión permita distintos modos de desempeñarse en ella, adaptables a los diversos tipos de personalidad. En ese orden de ideas, podría evaluarse la diferente ductilidad de las profesiones según la cantidad de desertores de cada una.

La vocación tiene, pensándolo bien, connotación con algo de sobrenatural pues, recordemos, se trata de un llamado hacia algo desconocido. En ello son seguramente ciertas las vocaciones religiosas, pero no sería razonable pensar que Dios participa directamente en la vocación de todos los médicos, abogados, ingenieros, militares, artistas, filósofos, arquitectos, etc.

Hubo épocas en las que los padres decidían la profesión de sus hijos, sin consultarlos, y no por ello eran los fracasados o tránsfugas más abundantes que ahora, cuando los jóvenes deciden por su propia voluntad y vocación.

Esta vocación es, en verdad, atracción por una imagen que se forja el joven de la profesión. Esa imagen ha sido creada frecuentemente en base a vivencias juveniles o infantiles (el médico que cura espectacularmente al padre enfermo; el psicólogo que, comprendiendo el motivo de un divorcio, pudo haberlo evitado, etc.) coloreados según una escala de valores que también suele ser gestada en edad precoz. Por lo tanto, aunque los padres no elijan consciente y ostensiblemente la profesión de sus hijos, suelen decidirlo por comisión o por omisión, según los clásicos cánones de la educación. En proporción variable, pero en los últimos tiempos cada vez más importante, participan además las promociones comerciales, políticas, sociales, etc., con toda la fuerza de los medios de comunicación actuales.

Si se pregunta a los jóvenes estudiantes o recién graduados, que teóri-

camente tienen presentes los motivos de su reciente elección, las razones de ella, las respuestas suelen ser idealizadas: "vocación", "voluntad de servicio al prójimo", "modo de realizarse", etc. A estas respuestas hay que aplicarles no sólo la corrección de la insinceridad, sino también la del error. En efecto, no son la mayoría las personas que saben a ciencia cierta las verdaderas motivaciones de su conducta: en este mundo, los que creen tener libre albedrío son muchos más que los que realmente lo tienen.

Así ocurrieron las cosas hasta hoy: el joven era elegido o elegía, en base a una imagen fantástica e idealizada, y luego adaptaba su vida a lo que resultaba ser la profesión, o adaptaba la profesión a sus objetivos en la vida.

Podría suponerse que esa adaptación sería más fácil para las profesiones humanistas. Para las puramente técnicas, alejadas de las cualidades de uno mismo y del prójimo, la elección debería ser más cuidadosa y el riesgo de fracaso mayor. Sin embargo, los hechos no confirman esa hipótesis, más bien parecen indicar lo contrario. Las profesiones tradicionales —las humanistas— están en crisis y su vivero —la Universidad— es cuestionado en su modo y en su razón de ser.

Por momentos parecería que una y otra denominación (universidad, profesión) tienen distinto significado según quien la use. También parece que es necesario replantear la diferencia entre profesión y oficio.

La Universidad —*alma mater* de los profesionales— es una creación del occidente medioeval en que ciertas cofradías adquirían una jerarquía especial porque sus integrantes tenían amplia cultura, un estricto código de ética, jurisdicción legal propia y —fundamentalmente— una actitud de servicio a la humanidad. Su nombre provenía de la pretendida universalidad de su saber que, según la consabida fórmula, debían conservar, aumentar y transmitir.

Así como se protesa una religión, los candidatos universitarios eran verdaderos "profesantes" que querían "profesar". Todo ello tenía, naturalmente, formalidades: un ritual de ingreso, un juramento válido para toda la vida, el uso de una toga o vestimenta especial, etc. Al igual que con

la profesión religiosa o militar, la creación de una nueva orden (o Universidad) requería una bula papal y/o un decreto real, o imperial, en que se especificaban sus "privilegios", que incluían —claro está— graves obligaciones. El profesional docto, o sea muy instruido (el "doctor"), llegaba a enseñar en la Universidad y hasta a gobernarla. El que no llegaba a tanta sabiduría —o simplemente no lo pretendía— tenía licencia para ejercer. Era "licenciado".

El ejercicio profesional no era un modo de ganarse la vida, sino un modo de vivir, de realizarse en este mundo, satisfaciendo aspiraciones intelectuales y morales. Hacia ello el aspirante se debía sentir llamado (la "vocación"); solía tener que pasar un noviciado (o internado) en el que era recibido con un "bautizo" simbólico, con algo de fiesta de recepción y una pizca de crueldad, equivalente a las ceremonias de iniciación de ciertas sectas religiosas primitivas, o de pubertad de ciertos grupos culturales. Al graduarse, se convertía en miembro de la cofradía, debía aceptar los sacrificios que ella implicaba y ser capaz de engendrar ciencia y sabiduría.

El ejercicio profesional era autorizado (la matrícula) por sus pares y controlado por los mismos (el colegio) en base a un código de moral (la ética profesional). El profesional no recibía salario ni retribución de servicios, recibía "honorarios". El objeto de esto era solamente que pudiera seguir desempeñando su misión sin obstáculos insalvables. Pero, por el contrario, dado ese *status* social de honorable servidor de la comunidad, el profesional que se enriquecía despertaba sospechas sobre el no cumplimiento del compromiso juramentado. El profesional se entendía directamente con su cliente, sin empresas intermedias; tenía derecho y obligación de mantener secreto lo que conociera en esa condición y le estaba prohibido aprovecharse de ese conocimiento; no estaba subordinado a nadie más que a su maestro, y no tenía otros compromisos que los morales, los que —dicho sea de paso— eran muy severos.

Todo lo que acabamos de decir es familiar para los universitarios. Todos sabemos que en ello hay un poco de realidad actual y mucho de historia antigua. Pero sabemos también que



La culminación de una carrera: Premio Nobel al Dr. Leloir.

ésta es invocada reiteradamente como si tuviera vigencia actual. En sus formalidades y en sus compromisos.

Quizás, para evitar equívocos, convenga buscar nuevos nombres a la universidad y a la profesión.

La diferencia esencial entre profesión y oficio reside en que la profesión es un **modo de vida**, mientras que el oficio es un **medio de vida**, o sea un modo de ganarse la vida. Esto último no implica que le falte honestidad, ni calidad en su tarea, ni ética en su desempeño. Sin embargo, es clara la diferencia entre lo que se hace para lucrar con ello, que, por lo tanto, se regula según la retribución obtenida y que, además, puede abandonarse en cualquier momento, y lo que, según describimos más arriba, se

hará toda la vida "como un sacerdocio", cumpliendo con una vocación irrechazable, e independientemente de cualquier clase de recompensa.

Profesión y oficio son igualmente respetables pero, difiriendo en su ubicación social, el que desea desempeñar un oficio no puede razonablemente pretender ser tratado como profesional. Al contrario, el que elige el estilo profesional puede pretender jerarquía y privilegios, pero no enriquecimiento.

La evidencia formal del diferente **status** social, en el ejercicio de una y otra forma, la da la existencia o no de control de asistencia, de horario, de calidad, de cantidad, por un lado, y la estabilidad, las conquistas sociales, etc. por otro. Aparte de estos he-

chos, que en el fondo se refieren a la relación de dependencia, existen otros, como los referidos a una evaluación costo-rendimiento por parte de una entidad superior y la fijación, en base a ella, de los "honorarios". El "nomenclador nacional" es su modelo.

Existen numerosas formas mixtas, o intermedias, de ejercer, entre la forma profesión y la forma oficio, pero la mayoría de los graduados se sitúa, en la práctica o en el espíritu —y frecuentemente sin darse cuenta de ello—, en posiciones extremas. De allí surgen la mayoría de las frustraciones.

En los últimos tiempos, la opción voluntaria entre una y otra forma se hace cada vez más difícil. El estilo oficio es cada vez más abundante y, además, cada vez más extremo.

Puede suponerse, de acuerdo a esa tendencia, en qué medida el futuro va a ser distinto del pasado. Si se piensa en quienes hasta hoy solían ser, y quienes en adelante probablemente sean conductores o conducidos, investigadores o usuarios, renovadores o continuadores, es inevitable preguntarse en manos de quién está la decisión.

La decisión de "laissez faire" o no.

Julio C. Ortiz de Zárate

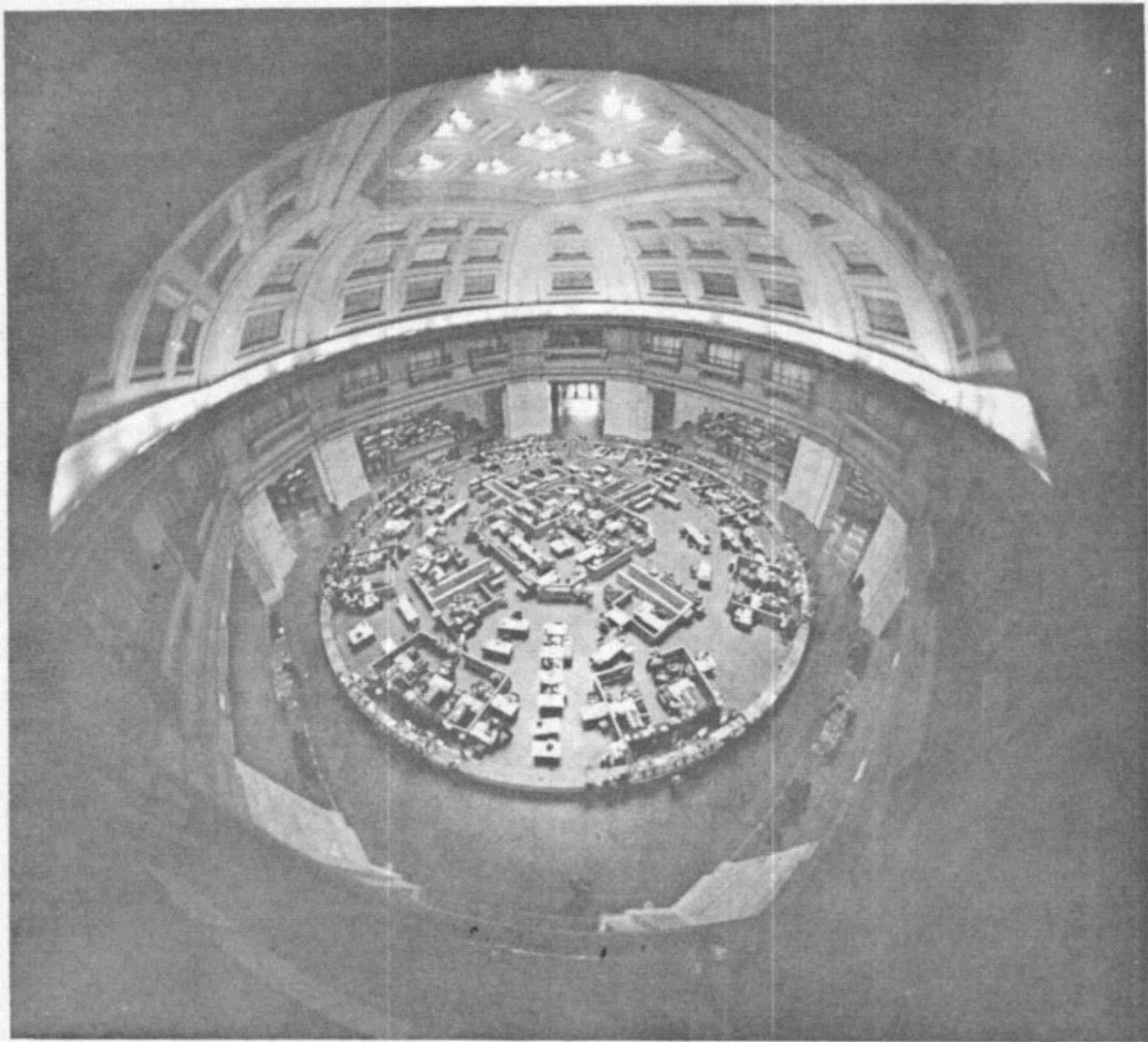
Profesor de Neurología de la Universidad del Salvador.

Profesor de Neurología de la Universidad de Buenos Aires.

Ex Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Salvador.

Ex Becario en el Instituto Cajal, en la Salpetrière y en el Max Planck Institut Fur Hirnforschung.

Miembro de la Royal Society of Medicine, de la Deutsche Gesellschaft Fur Neurologie, de la American Academy of Neurology, de la Sociedad Argentina de Genética, de la American Association for the Advancement of Science, etc.



Hall central del Banco de la Nación Argentina.